



12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT09: Lo urbano en sus Límites: Antropología de las Ciudades Medianas y Pequeñas

De la comunidad (autosuficiente) imaginada a los *urbanitas* de la pre-puna de Belén. Un intento de conjurar categorías

Cecilia Pernasetti. Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC. cecilia.pernasetti@unc.edu.ar

Resumen

Se trata de una reflexión acerca de cómo a partir del trabajo de campo se ponen en tensión categorías previas acerca de la diferenciación entre lo urbano y lo rural. Al considerar a lo urbano como un modo de vida, más que como una clasificación que refiere a características sobre espacio y número de habitantes, se pudo observar que pequeñas poblaciones de la prepuna de Catamarca pueden sin dificultad ser caracterizadas con categorías propias de lo que en estudios clásicos consideran exclusivo de “lo urbano” o las grandes metrópolis. Se trata de pueblos donde sus habitantes tienen como experiencia central el hecho de permanecer fuera periodos considerables de tiempo y gran parte de su vida sucede en tránsito de un lugar a otro, por lo que sus relaciones sociales, las que constituyen el entramado de su vida cotidiana, se establecen no solamente “cara a cara” (como podría suponerse si hablamos de “comunidades” o de pueblos pequeños) sino, y en algunos casos de manera fundamental, a través de la distancia.

La circulación de personas y de mercaderías es parte de la experiencia de habitar el pueblo, porque las personas no viven los límites geográficos de la localidad como fronteras en el despliegue de sus vidas.

Palabras clave: *ruralidad; movilidad; Belén, Catamarca.*

“Tal vez descubra que la antropología es devastadora de obviedades”

Honorio M. Velasco

“Introducción. *Un pueblo de la sierra* reeditado”

La primera vez que fui a hacer trabajo de campo en Villavil fue en el otoño de 2009. A 82 km de la ciudad de Belén, Villavil, con 481 habitantes, es la cabecera del municipio del mismo nombre, que en total tiene una población de 1933 habitantes (censo 2010). El nombre parece ser un derivado de la palabra *Huillahuil* que en lengua kakana significa “aguada de las liebres”. El municipio es amplio y diverso: con una altitud que va de los 2300 a los 3500 y picos de más de 5000 msnm, abarca territorios correspondientes a valles precordilleranos, prepuna y puna, a lo largo de los cuales se encuentran los pueblos de Barranca Larga, Morteritos, San Antonio, Las Cuevas, Laguna Blanca, Corral Blanco y Aguas Calientes.¹

Llegamos a la hora de la siesta. Fuimos directamente a buscar alojamiento en la recientemente inaugurada Hostería Provincial (propiedad del estado). Viniendo desde el sur, es decir, desde la ciudad de Belén por la ruta provincial 43, después de atravesar un tramo de 20 km de camino de ripio —en la Puerta de Corral Quemado se había terminado el pavimento— se cruza una pequeña cuesta y aparecen los rastros sembrados y algunas casas que anuncian el pueblo. El camino baja para cruzar el río, agua clara en un enorme lecho de piedras y arena, y una vez cruzado comienza la calle central, de 1 km aproximadamente, a cuyos lados se alinean las casas y sedes institucionales, separadas entre sí por chacras y fincas. En ese momento, esa calle era el único tramo pavimentado de los últimos 20 km de camino de ripio; el pavimento terminaba en la iglesia, después de la cual la calle subía y

¹ Dentro del departamento Belén, Villavil se encuentra en el *Norte Grande*, categoría nativa que, junto con la de *Norte Chico*, divide el norte del departamento en dos áreas: en el primer caso, la más alejada de la ciudad capital, Belén, y de mayor extensión, comprende los municipios de San Fernando, Hualfín, Puerta de Corral Quemado, Corral Quemado y Villavil, El Norte Chico, por su parte, comprende los municipios de La Puerta de San José y Pozo de Piedra. En el sur del departamento se encuentran los municipios de Belén y de Londres.

volvía otra vez a ser ruta, que va hacia el norte y termina en Antofagasta de la Sierra. Antes de esa cuesta, está la iglesia; doblando a la izquierda, a una cuadra de la iglesia, la escuela y al frente la hostería. Una pequeña plaza frente a la iglesia, en forma de triángulo hace de rotonda, y permite que los autos den la vuelta y vuelvan a retomar la calle larga, cuando se quiere regresar al sur. El pueblo estaba silencioso y la calle desierta. La puerta de la hostería cerrada con llave. Golpeamos sin resultado. En ese momento pasa un hombre de mediana edad, sus pasos resuenan en el silencio, pero también resuenan los pasos cortos de una oveja que lo sigue atrás, como si fuera un perro, y que se detiene a su lado cuando él se para a conversar con nosotras. Sin que le preguntemos nos dice, con una expresión de sorpresa y también de diversión, que a esa hora no está la chica que atiende la hostería. El tono y la sonrisa en la cara enfatizan la idea de que le parece insólito que pensemos que a esa hora puede estar abierta la hostería, es obvio que la chica que atiende no va a estar. Nos indica dónde debemos buscarla: en su casa, a la vuelta de la esquina. Después de agradecerle el dato y antes de irnos, le hago un comentario sobre la oveja, algo así como qué linda, la mira y me dice, ah, sí, es Horacio, y sigue su camino.

Esta primera impresión de quietud, de pueblo poco o nada acostumbrado a las visitantes foráneas, tanto que no cabía la posibilidad de que la hostería estuviera abierta en horas de la siesta, persistió de manera insistente a lo largo de los viajes que hicimos durante los 3 primeros años de la investigación en éste y otros pueblos del Norte Grande. Y no fue fácil deshacerse de esa idea primera, porque ya había por nuestra parte una predisposición a considerarlos como *aislados* espacialmente y *detenidos en el tiempo*. La investigación que realizábamos en ese momento tenía por objetivo relevar productos y preparaciones que la gente del lugar señalaba como comida “local o tradicional” (Pernasetti y Ferre, 2013). Había un interés de nuestra parte, confesado y nada reflexionado por “encontrar” platillos que demostraran una originalidad respecto a otras “cocinas” del país, asumiendo que esa originalidad era producto de una historia larga y diferenciada, precisamente por aquella supuesta condición de aislamiento que, para el caso de la originalidad culinaria, asumíamos como una ventaja. Celebrábamos con entusiasmo cuando podíamos reconocer

ingredientes y formas de cocción “pre-hispánicas” en algunas preparaciones, o lamentábamos cuando nuestros entrevistados nos hablaban de lo que ya no se producía o no se cocinaba más.²

Algunos años después, inicié una segunda investigación, en el marco del Doctorado en Antropología (UNC), orientada a relevar la producción y circulación de alimentos en el Municipio de Villavil y en particular su cabecera municipal. Había advertido que, aún con sus fincas, huertas y ganados, y disposición más o menos suficiente de tierra y agua de riego (considerando que la población total del municipio no llega a 2000 personas), los pueblos lejos estaban de autoabastecerse, ni siquiera de verdura fresca, que era traída desde afuera, incluso de lugares tan lejanos como Mendoza. Sin pensarlo demasiado, consideraba esto como un “accidente” o “problema” producto de una historia reciente de despojos que llevó a estos pueblos a volverse más vulnerables y más dependientes. Es decir, había un “antes”, cuando eran comunidades campesinas autosuficientes, y un “ahora” de dependencia de mercados y ayudas externas. Y que la gente sufría esa situación --inexistente para las generaciones anteriores--, impotente y sin las herramientas y los recursos dados por la experiencia acumulada.

Si bien ya tenía mis sospechas de que la situación no era tan así, fue la revisión de mis notas de campo, a partir de la lectura de estudios antropológicos clásicos y contemporáneos sobre pequeños y medianos conglomerados urbanos, lo que me hizo advertir las señales de que los pueblos no eran ni tan quietos ni tan aislados, ni antes ni ahora. Entre ellas, tres fueron las más significativas: por un lado, la notable cantidad de veces que no encontraba a las personas que buscaba para entrevistar o saludar, porque no estaban en el pueblo, sino que se habían ido a la ciudad de Belén, a Hualfín, a Santa María, a Tucumán, a Catamarca, a Salta, a Buenos Aires, a Caleta Olivia, a Río Gallegos o a Comodoro Rivadavia. La segunda señal era que muchos de los encuentros y entrevistas, a veces las más sustantivas, se daban *en viaje*, es decir, cuando en mi auto llevaba o traía alguna persona desde o hacia

² Lo notable es que el origen prehispánico de ingredientes o modos de cocción de algunos de los alimentos fue una información recabada por nosotros a partir de consultas bibliográficas, no porque la gente del lugar nos lo sugiriera en absoluto. Eso, en realidad, los tenía sin cuidado.

Belén, ya sea que su destino era Belén o era una parada en su camino.³ Y finalmente, la tercera advertencia apareció al revisar las entrevistas en las que algunas personas contaban sus experiencias de vida: la enorme mayoría había trabajado y vivido lejos de su pueblo, a veces por largos periodos, de más de 10 años, otras veces cada año durante varios meses, y eso a lo largo de muchos años. Pero lo mismo habían hecho sus padres y también sus abuelos. Además con frecuencia mencionaban su relación con familiares que residen de manera permanente en otros lugares del país, a quienes van a visitar y que suelen venir periódicamente al pueblo.

Me di cuenta de mis esfuerzos por sostener una unidad de análisis (el pueblo de Villavil) que no se dejaba circunscribir a los límites geográficos no sólo del pueblo, sino del Municipio y de la provincia. Y de que no sólo es *posible* sino además imprescindible, como lo propone Gabriel Noel (Noel, 2017), romper esos límites autoimpuestos si yo quería describir y comprender cabalmente la vida de la gente de Villavil. Empezó a hacer aguas la idea de una comunidad campesina *autosuficiente* que alguna vez fue y a la que hay que regresar.⁴

Pero la autosuficiencia --en el sentido de tener en el lugar (sin necesidad de moverse) lo necesario para alimentarse, pero también para proveerse de los medios para obtener alimentos, salud, educación--, lejos de ser una característica propia de las comunidades campesinas o rurales, lo es más bien de las grandes urbes, según sugiere Wirth, y tiene sentido. Pero además, al revisar lo urbano como “modo de vida” más que como espacio geográfico, tal como lo propone ese autor, advierto que mis entrevistados del pequeño Villavil, cumplen cabalmente con una de las tres características centrales de los “urbanitas”: la *heterogeneidad*, que entiendo como la movilidad frecuente y diríamos sistemática de las personas entre y a través de grupos con otros modos y experiencias de vida diferentes a sí mismos. Precisamente la movilidad de mis entrevistados, que pasan gran parte de su vida

³ Es muy frecuente que a la salida de los pueblos la gente “haga dedo” para trasladarse de un pueblo a otro: trabajadores de los municipios, maestras, madres con niños que van o vuelven del hospital, etc. Entre otras razones, porque no hay transporte público con suficiente frecuencia o regularidad.

⁴ Detrás de ese término está también reverberando la idea de “autosustentable” como una categoría *normativa* en la estela de las discusiones alrededor de la “soberanía alimentaria”

viviendo en otros lugares, les da un carácter más *cosmopolita* que, me arriesgo a decir, el de aquel habitante de la ciudad de Buenos Aires, quien nunca o en muy pocas ocasiones se ha movido de su lugar de residencia. Los migrantes del municipio de Villavil tuvieron que aprender a moverse e interactuar en lugares absolutamente diferentes a los de su pueblo natal, lo cual a su vez les significó un ejercicio de reflexión inevitable –en el sentido de no necesariamente buscada–, sobre sí mismos y sus propias identidades en confrontación con los modos y maneras de otros. En muchos casos hasta adquirir la capacidad “desaparecer” en el anonimato tranquilizador de las metrópolis, esforzándose por ser uno más en la multitud; para tiempo después volver a su lugar de origen, sacarse el ropaje y las maneras fuereñas y recuperar los modos y gestos que le permitan interactuar como uno más ante los ojos vigilantes de sus vecinos del pueblo. Y así periódicamente.

Pero la interacción con “otros” también forma parte de la propia vida *en* el pueblo: Villavil es, además, un lugar *de paso*: sus casas se despliegan especialmente a lo largo de la ruta provincial 43, que en esos no más de 1000 metros deja de ser por unos momentos ruta y se vuelve la calle principal, para luego volver a ser ruta. Sobre esa calle-ruta se ubican las sedes de las instituciones más importantes, como la Municipalidad, la iglesia, el Mini Hospital, el Centro de Exposiciones de Artesanías. Para los viajeros que atraviesan el pueblo hacia otros destinos, son apenas unos minutos en los que el paisaje de cerros y campos solitarios se interrumpe en una sucesión de casitas y ocasionales transeúntes. ¿Quiénes circulan por esa ruta? Gentes de la Puna, de pueblos que se ubican más al norte, trabajadores y técnicos de las minas de litio, turistas nacionales y extranjeros que van hacia Antofagasta de la Sierra, funcionarios municipales y provinciales, trabajadores de Vialidad Nacional, comerciantes, etc. Varía la intensidad y la frecuencia del tráfico, pero no hay un solo día que no pase algún vehículo de gente de afuera del pueblo. A veces se detienen, a veces no; desde las veredas, las personas reconocen o no a los viajeros, pero nadie se sorprende.⁵

⁵ En 2019 se termina de pavimentar la ruta 43 y se construye un puente sobre el Río Villavil, pero con un nuevo trazado: la ruta deja de cruzar por el centro del pueblo, ahora lo bordea por el margen izquierdo del río y lo cruza a la altura del inicio de la cuesta de salida del pueblo hacia el norte. El tráfico discurre con mayor fluidez pero

En síntesis, las relaciones sociales en Villavil, desde familiares hasta comerciales, constituyen una red que lejos de acabarse en los límites del pueblo, abarca distancias de varios cientos de kilómetros, y no por eso dejan de ser menos intensas, presentes y significativas. Entonces, el hecho de que no era un pueblo acostumbrado a los viajeros *turistas* (tanto que no consideran necesario que una hostería esté abierta todo el día) no significaba de ningún modo que era un pueblo “aislado”. Más bien, para una gran cantidad de personas, vivir en el pueblo no quiere decir *estar* en el pueblo la mayor parte de su vida. Relacionado con esto, la autoadcripción frecuente de mis entrevistados refiriéndose a “ser” de Villavil, o de Laguna Blanca, o de Barranca Larga no quiere decir estar allí, sino haber nacido y vivido allí sobre todo el tiempo de la infancia y la adolescencia, y esa condición identitaria no se pierde aunque nunca se vuelva. Esto no es novedoso, pero sí lo traigo porque es posible que, durante la ausencia del pueblo, su condición de *nacido en*, que deviene en *ser de* un lugar se ve reafirmada y re actualizada como sostén y marca de identidad, precisamente por estar *fuera* del lugar de nacimiento (por ejemplo, existe un Centro de Residentes Belenistas en Comodoro Rivadavia, Chubut). Pero además otorga algunos derechos dentro del pueblo y en la vida del pueblo frente a los que son nacidos en otro lugar. Pitt-Rivers se extiende sobre este hecho para el caso de los nacidos en Grazalementa. En mi caso, será explorado más en detalle en mi próxima estadía en campo.

También la información histórica, que ya tenía vista, adquirió desde esta mirada que rompió las fronteras geográficas, un nuevo sentido: la historia del propio Belén está marcada por el dinamismo y la movilidad desde sus orígenes. Esther Hermitte señala que la fundación de Belén, en 1678, responde

“no sólo al interés por controlar la zona frente a los indios, sino al valor estratégico del área. En efecto, por Belén pasaba el camino que llevaba de Santiago a Copiapó en el norte de Chile, y también el único que, sin tramontar serranía, cruzaba de norte a sur desde el Alto Perú hasta Cuyo. El cruce de los dos

deja en silencio a un pueblo acostumbrado a ver pasar por la vereda las novedades y las mercancías de los otros sitios. Será motivo de indagación en la próxima estadía de trabajo de campo.

caminos, por los que transitaban las arrias de mulas, convertía a Belén en el más importante nudo comercial de todo el Oeste Catamarqueño” (Hermitte, 1972, pág. 4).

Y más adelante agrega:

“Belén escapa a ese quietismo comercial con el que se define a Catamarca. El activo tráfico de mulas, su cría en internación en las estancias del distrito, el transporte de mercaderías y personas debe haber originado con seguridad un número de actividades derivadas del comercio que se reflejarían en el panorama económico local.” (Hermitte, 1972, pág. 12).

Una mañana de mediados de febrero de 2020, salimos desde Villavil hacia Laguna Blanca con la idea de visitar y conversar con una persona conocida. Antes de entrar a la pequeña cuesta que desemboca en la ruta, nos hizo dedo un muchacho joven, vestido con ropa deportiva claramente a la moda, que llevaba con soltura. Así conocimos a Nicolás, que estaba yendo a su pueblo, Aguas Calientes, pequeña y antigua población de la puna de Belén, declarada comunidad aborigen Diaguita desde 2017, a 100 km –aproximadamente- de Villavil y a unos 50 de Laguna Blanca. Si lo acercáramos hasta Laguna Blanca le parecía suficiente, porque tenía el dato que pronto pasaría por ese lugar una camioneta hacia Aguas Calientes. Venía desde Belén de hacer trámites bancarios; suele ir a Belén por lo menos cada 15 días. El viaje se hizo largo por dos demoras: las máquinas de vialidad estaban arreglando la ruta después de una tormenta, por lo que la fila de camionetas (de excursiones de turistas, de las empresas mineras, de los municipios y de particulares) se hacía larga cada vez que daban paso. Por otro lado, había cortes de ruta en protesta por las minas de litio, por parte de algunas de las comunidades originarias (hay 30 comunidades originarias en Catamarca, la mayoría en el departamento Belén). El estado provincial tiene una fuerte política de fomento de esa y otras minerías, tanto que ya casi no quedan km sin pavimentar en la ruta que va desde la ciudad de Catamarca hasta Antofagasta de la Sierra, pasando por Villavil, con modernos puentes, para garantizar la infraestructura necesaria a las empresas. Nicolás dejó

entrever que él está a favor de la explotación del litio: tendría trabajo cerca de su pueblo. En una de las paradas bajamos a recoger algunos de los poderosos y perfumados yuyos de la puna, y ante la primera consulta Nicolás se explayó indicándonos sus nombres, propiedades curativas, modos de recolección y secado y nos contó que una de las actividades centrales de su familia es precisamente cosechar y llevar en caravanas de mulas estas hierbas, más papines, lana de llama y tejidos desde Aguas Calientes hacia la Ollada en el departamento limítrofe de Santa María, donde los intercambian por despensas varias como azúcar, harina y yerba mate. Las familias hacen este “cambalacheo” desde que tienen memoria, y les resulta mucho más conveniente usar esos senderos de herradura que las rutas, porque son mucho más directos. Dejamos a Nicolás en la entrada de Laguna Blanca desde donde sale el camino a Aguas Calientes, no sin antes intercambiar teléfonos y prometernos futuros encuentros. En mayo de ese año, nos mandó hermosas fotos con su celular desde el sendero donde marchaba con la caravana.

Las caravanas de intercambio constituyen una práctica andina que se remonta a la época prehispánica, que han tenido continuidad durante la colonia y, evidentemente, hasta nuestros días. Dentro de la bibliografía consultada se describen rutas de intercambio que tienen más de 2000 años y abarcan el territorio del actual noroeste argentino, el desierto de Atacama y el litoral del Pacífico en Chile (Molina Otarola, 2013; Núñez y Nielsen, 2011).

Robert Park, en los iniciales estudios sobre las ciudades, propone como una característica central de las urbes contemporáneas el hecho de que en sus vecindarios las personas viven “al mismo tiempo en varios mundos diferentes”:

“En el medio urbano el vecindario tiende a perder gran parte de la significación que tenía en formas de sociedad más simples y primitivas. Los accesibles medios de transporte y comunicación que permiten a los individuos repartir su atención y vivir al mismo tiempo en varios mundos diferentes, tienden a destruir la permanencia e intimidad del vecindario.” (Park, 1999, pág. 55).

Lo traigo aquí irónicamente porque su propuesta parece suponer que los contactos entre mundos diversos son fenómenos exclusivamente *modernos* (consecuencia de los nuevos y accesibles medios de comunicación) y de las grandes urbes, cosa que a la luz de lo relatado más arriba resulta difícil de asegurar. ¿Por cuántos “mundos diferentes” atravesó Nicolás solo ese día que lo conocimos? ¿Por cuántos mundos diferentes atraviesa en un año de su vida? ¿Viven las gentes de Villavil o de Aguascalientes en sociedades “más simples” y “primitivas”?

Aquella primera impresión de esa siesta otoñal cuando llegamos a la hostería cerrada, también parecía confirmar el carácter campesino, agrícola, rural, de Villavil y los pueblos vecinos. ¿Qué otra cosa sino podía indicar esa estampa del señor con su oveja con nombre de humano?⁶. Pero resulta que ni la ganadería ni la agricultura es hoy la fuente principal de sustento, aunque junto a cada casa pueda verse una chacra o un rastrojo sembrado.

Por el contrario, a partir los datos puntuales obtenidos hasta ahora, el ingreso preponderante de las familias (si no en cantidad sí en regularidad), es decir, lo que les permite un sustento más o menos básico para desplegar su vida, es obtenido a partir del estado, municipal, provincial o nacional, ya sea en forma de sueldo por empleo o en forma de alguno de los diversos planes sociales o de apoyo a la salud, la maternidad, la educación, la infancia, la ancianidad, etc. Según datos parciales obtenidos hasta ahora, el 90% de los habitantes (no familias) de dos de los pueblos visitados –Villavil (cabecera del municipio) y Barranca Larga—, reciben un ingreso del estado. Es posible pensar que sin semejante presencia del estado como empleador, corre peligro la existencia misma de estos pueblos. Pero el hecho de recibir un sueldo o una ayuda social del estado es una aspiración y a la vez una fuente de conflictos, objeto de críticas y motivo de resentimientos. Hay una

⁶ La cría de cabras, llamas y ovejas no siempre está destinada al consumo o venta, lo mismo que la cría de patos o incluso gallinas. Es decir, forma parte de las prácticas cotidianas, pero no parece tener un fin “utilitario” o al menos no exclusivamente. E. Leach, en el prólogo a *Los jardines de coral y su magia* de Malinowski habla de la distinción que este autor hace entre “entre el valor de los bienes como objetos utilitarios y el valor que un objeto tenido por estéticamente grato supone para su propietario” (pág. 13)

incomodidad persistente, solapada o explícita respecto a la dignidad o no de recibir estos ingresos, de quién o quiénes se lo merecen, pero también una distinción entre ser asalariado y ser productor rural o artesana, donde la idea de ser asalariado aparecería como “ser más moderna o moderno”, diferente a un pasado de trabajo duro, pobreza, ignorancia y precariedad vinculado al trabajo de la tierra, la ganadería o la producción de tejidos.

Es así que no estamos frente a pueblos cuyos habitantes puedan ser clasificados exclusivamente como “campesinos”.

El estado también está presente en la puesta en marcha de políticas de promoción del turismo con la construcción de hosterías y albergues provinciales, el apoyo económico para quienes se interesen en construir alojamiento en sus casas, la oferta de “capacitaciones” para ser guías turísticos y para producir alimenticios o artesanías que puedan ser vendidos a los turistas y en la promoción de cultivos locales, en particular la quínoa y las papas andinas. Mi postal de la hostería provincial cerrada habla de ese esfuerzo enorme que significa volver a un pueblo “apto” para el turismo.

En resumen, el interés inicial de mi trabajo de campo que tenía como presupuesto la idea de que los pueblos norte de Belén habían conocido épocas de mayor bienestar, basadas sobre todo en la autosuficiencia alimentaria y menor dependencia del exterior, se vio interpelado de dos modos: por un lado, la constatación de que siempre estuvieron conectados con el exterior, y por otro lado, que la producción local de alimentos no es una preocupación de mis nativos. El hecho de que lleguen camiones desde Mendoza con lechugas frescas es parte del dinamismo de pueblos acostumbrados a ver salir, entrar y pasar camiones y camionetas de todo tipo (antes caravanas de mulas y antes todavía caravanas de llamas), y a nadie le molesta. Y esto porque no viven los límites geográficos del pueblo como fronteras en el despliegue de sus vidas.

Contra lo que muestra la estampa turística de quietud, tiempo detenido, lejanía y la fantasía de pueblos autóctonos no atravesados por las lacras de la modernidad, la gente de Villavil se mueve de manera casi vertiginosa: vivir en Villavil es vivir en

muchos sitios, algunos a cientos de kilómetros de Villavil. No necesariamente por elección, sino porque no queda otra posibilidad, lo cual supone también costos afectivos.

Sin abandonar el interés por el qué y de dónde llega lo que se come, qué y cuánto de lo que se come se produce allí y qué y cuánto de lo que se produce allí sale, y sobre todo qué relaciones sociales se tejen y destejen en esos movimientos, trataré de no perder de vista que me estoy haciendo esas preguntas en un pueblo donde sus habitantes tienen como experiencia central el hecho de permanecer fuera del pueblo periodos considerables de tiempo, donde parece que las personas están igual de conectadas con el afuera que con el adentro, pues gran parte de su vida sucede en tránsito de un lugar a otro, y sobre todo que sus relaciones sociales, las que constituyen el entramado de su vida cotidiana, se establecen no solamente “cara a cara” (como podría suponerse si hablamos de “comunidades” o de pueblos pequeños) sino, y en algunos casos de manera fundamental, a través de la distancia.

En segundo lugar, contra una prédica frecuente que se refiere a los pueblos del norte y de Catamarca como abandonados por el estado, que quedan fuera de las dinámicas de desarrollo planificadas desde el poder central, advierto que el estado marca el modo y el ritmo de vida en los pueblos del municipio Villavil, tanto que es muy difícil gestionar la vida por fuera de su órbita. Eso no quiere decir que lo haga bien, pero es indudable que sí está --terriblemente-- presente. Las preguntas girarán en torno a *quiénes son* el estado y cómo éste juega con otras “instituciones” locales, como por ejemplo las estudiadas para Belén por Esther Hermitte --quien por cierto trabajó bajo la dirección de Pitt-Rivers en su investigación sobre Chiapas--, en los años setenta. Las llamó “instituciones intersticiales” y se refirió a los “bloques de patrono-cliente” y los compadrazgos, que cristalizan relaciones clientelares en la producción y comercialización agrícola y artesanal. Junto con Carlos Herrán (2001) analizan sistemas de articulación social de Belén con el resto de la nación y destacan que una de las formas en las que se da esta articulación es a través de los familiares migrantes, que aunque se van del pueblo permanecen ligados a su grupo familiar. Es prácticamente la única forma que tienen tanto las artesanas “teleras”

como los pequeños productores de salir eventualmente del fuerte entramado de la relación clientelar con el patrono y con el político de turno, para poder vender sus productos⁷.

Por último, este trabajo ha sido un ejercicio inconfesado y tibio de “análisis de una situación social” según la sugerente propuesta de Gluckman (1940). Las dos situaciones descritas sirvieron para desgajar temas y especulaciones, pero queda pendiente volver al campo⁸ y tomar notas teniendo como horizonte todo lo que este autor pudo decir a partir la inauguración de un puente en Zululandia. Mi “puente” tal vez sea una de las ferias de venta de productos locales que organiza el Municipio de Villavil. Además de la tradicional fiesta patronal que se realiza en febrero (Festival del Misachico), el municipio ha creado un calendario de ferias, fiestas y festivales para la venta de productos y artesanías locales y como atractivo turístico, que pone a gran parte del pueblo en una actividad febril los días previos, los días de la feria y posteriores. Bajo la carpa municipal, se despliegan alianzas, disputas, favores pedidos y devueltos, junto con las bolsas de quínoa, dulces, pimientos, panes caseros, papas y papines de colores, humitas, empanadas, discursos de inauguración, misas y danzas folklóricas de las escuelas.

Referencias Bibliográficas

- Brizuela, Luisa E. (2006) Proyecto: Aportes al desarrollo territorial de la Puna y Valles Áridos de Antofagasta de la Sierra, Belén y Santa María, Catamarca. Recuperado de <https://inta.gob.ar/proyectos/CATRI-1233101>
- Glucman, Max (2020 [1940]) Análisis de una situación social en Zululandia moderna. En Korsbaek, Leif (coord.) *La antropología de Max Gluckman*. Puebla: ALTRES COSTA-AMIC EDITORES

⁷ En otra investigación (1970) desarrollan su interpretación de por qué no se ha podido organizar una cooperativa de productores agrícolas o de tejedoras en Belén. Su propuesta es que los lazos afectivos propios del compadrazgo se establecen en relaciones asimétricas entre patrón o intermediario (el padrino) y los pequeños productores agrícolas y tejedoras (ahijados), en donde los segundos dependen de la buena voluntad y la buena relación con los primeros para garantizar su sustento todo el año. Esto impide la asociación “entre iguales” que supone una cooperativa.

⁸ El ingreso a Belén y en particular a los pueblos del norte de Belén ha sido muy difícil por la pandemia. EL gobierno provincial estableció medidas estrictas para el ingreso y permanencia de personas ajenas al pueblo.

- Hermitte, Esther y Herbert Klein (1972) Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos: Belén 1678-1869. Documento de trabajo, Instituto Torcuato DI Tella, Centro de Investigaciones Sociales. Buenos Aires.
- Hermitte, Esther y Carlos Herrán (2020 [1970]) ¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino. En Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras) *Antropologías hechas en la Argentina. Volumen I*. Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Antropología
- Hermitte, Esther y Carlos Herrán (2001 [1977]) Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino. En Hermite, E. y L. Bartolomé (compiladores): *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- Malinowsky, Bronislaw (1977 [1935]). *Los jardines de coral y su magia*. Primera parte. Barcelona: Labor
- Molina Otarola, Raúl (2013) Cordillera de Atacama: movilidad, frontera y articulaciones collasatacameñas. En Andrés Núñez, Rafael Sánchez y Federico Arenas (editores), *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad sociocultural*, Santiago de Chile, RIL Editores, pp. 189-220.
- Noel, Gabriel D. (2017) Ni lo Uno ni lo Otro, sino Todo lo Contrario. Las Limitaciones del Dualismo Rural-Urbano en el Abordaje de la Región Costera del Río de la Plata y Algunas Propuestas de Reconceptualización. *Tessituras: Revista de Antropología e Arqueología* 5 (1), 129-170
- Núñez Atencio, Lautaro y Axel E. Nielsen (comps.) (2011) *En ruta: arqueología, historia y etnografía del tráfico surandino*, Córdoba, Encuentro Grupo Editor.
- Park, Robert (1999) *La Ciudad y Otros Ensayos de Ecología Urbana*, Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Pernasetti Cecilia y Florencia Ferre (2013) *Inventario de sabores. Un viaje por la cocina tradicional de Belén*. Catamarca: Secretaría de Cultura de la Provincia de Catamarca. Consejo Federal de Inversiones.
- Pitt-Rivers, Julian (1989 [1954]) *Un Pueblo de la Sierra*. Grazalema, Madrid: Alianza.